

# LIBROS

46

LETRAS LIBRES  
NOVIEMBRE 2016

**Luisgé Martín**  
• EL AMOR DEL REVÉS

**Svetlana Alexiévich**  
• ÚLTIMOS TESTIGOS

**Paulina Flores**  
• QUÉ VERGÜENZA

**Hannah Arendt**  
LA ÚLTIMA ENTREVISTA Y OTRAS  
CONVERSACIONES

**Ta-Nehisi Coates**  
• ENTRE EL MUNDO Y YO

**Ricardo Piglia**  
• LOS DIARIOS DE EMILIO RENZI.  
TOMO II. LOS AÑOS FELICES

**Claudio Lomnitz**  
• LA NACIÓN DESDIBUJADA



## AUTOBIOGRAFÍA

### La conquista de la normalidad



**Luisgé Martín**  
EL AMOR DEL REVÉS  
Barcelona, Anagrama,  
2016, 280 pp.

## MANUEL ALBERCA

Luisgé Martín, que es autor de novelas en las que a veces ha introducido elementos de su vida personal de manera más o menos disfrazada, se ha propuesto ahora en *El amor del revés* contar públicamente la verdad de su vida sexual y afectiva, y ponerla por escrito sin tapujos ni disimulo. Es esta una decisión que le honra, y la lleva a cabo con rigor, sin autocomplacencia y con sinceridad.

El que suscribe agradece siempre cuando recibe el regalo de alguien que le cuenta su vida, pues frente al lugar común que reprueba este gesto por narcisista o pretencioso, no encuentro más que

generosidad en quien lo hace. Con sus verdades y mentiras, con sus buenas intenciones y sus trampas, con sus aciertos y errores, los relatos autobiográficos auténticos son observatorios privilegiados para entender, con fundamento real, las complejas y contradictorias razones del ser humano. Nos permiten conocer también, si el ejercicio es sincero, de primera mano a la persona que lo escribe, y en su claroscuro le revela al lector sus propias luces y sombras. Por eso hay que agradecerle al autobiógrafo el esfuerzo y el riesgo que corre por ser veraz.

La verdad del amor de Luisgé Martín es homosexual. No es el primero entre nosotros en contarnos y explicarnos la particularidad de esta opción, pero tampoco estamos tan sobrados de ejemplos. Es, creo, el primer testimonio que afronta el reto de contar la “diferencia” desde la normalización que supuso la ley de matrimonio homosexual. Cierra su relato cuando se casa con Axier, es decir, desde una atalaya en la que si bien no se muestra con una plenitud o satisfacción autocomplaciente, indica tácitamente que el camino recorrido, con sus dificultades, negaciones y frustraciones, ha merecido la pena.

Apela Martín a Michel Leiris, a su ensayo “De la littérature considérée comme une tauromachie”, que el francés insertó en la autobiografía *L'âge d'homme* en 1946. Leiris establece un paralelismo entre el escritor y el matador de toros, entre la literatura y el toreo. El texto debería ser santo y seña de cualquier autobiógrafo, mucho más si se trata de un autobiógrafo español (perdón a los “animalistas”). Leiris concedía a la sexualidad un papel hegemónico en la construcción de la identidad y por tanto en el derrotero vital. Sin abordar este asunto crucial el

autobiógrafo dejaría incompleto el retrato de su personalidad. En España se ha atendido apenas a la consigna de Leiris. Pero evidentemente si se trata de la vida de alguien que se declara homosexual, la narración de esta parcela de la vida afectiva se hace insoslayable. Martín está a la altura de lo exigido por Leiris, desafía los miedos y las vergüenzas íntimas, pisa el terreno peligroso y se coloca entre los astifinos cuernos de la verdad, su verdad, a la que no le vuelve la cara. Se acerca con valor a los recovecos del alma y a sus contradicciones más dolorosas ante las que la mayoría de los autobiógrafos retroceden para esconderse en los burladeros de la autoficción, en donde el género autobiográfico se trivializa en tantas ocasiones. En honor al libro de Luisgé Martín y de su valor hay que resaltar que no hay el menor adorno ni desplante autoficticio.

Para comprender lo que supone el eslabón del relato de Martín en la cadena de la autobiografía española es preciso relacionarlo con algunos de los que le han precedido en el desafío de contar su homosexualidad. Por ejemplo, la dificultad de la empresa de desvelar aquello que se ha ocultado toda la vida vergonzosamente confirió un carácter épico a la confesión de Juan Goytisolo en *Coto vedado* (1985), y convirtió al homosexual en héroe y mártir de las convenciones sociales a las que se enfrenta y de las que sale vencedor. Triunfalmente triunfador. El resultado era una figura de categoría sobrehumana: el homosexual egregio y soberbio, que concibe la sexualidad como un camino ascético y purificador, una santidad laica y maldita, ensombrecida por la culpa.

En este difícil camino hacia la conquista de la libertad sexual, encontramos un segundo eslabón

importante, pero con un concepto y tratamiento distintos a *Coto vedado*. *El peso de la paja*, concretamente *El cine de los sábados* (1990), de Terenci Moix, presentaba una novedad destacada: sacaba al homosexual del gueto, incluso si se trataba, como en Goytisolo, de un gueto de excelencia, para aproximarlo al mundo de la normalidad. No era fácil, pues, en una intimidad tan atormentada como la de Moix, tendente al patetismo y a lo escabroso, en que a veces se demoraba su relato; tuvo que aferrarse al humor como tabla de salvación. Todo esto, unido a los valores literarios y expresivos, hace de *El cine de los sábados* un referente obligatorio en los relatos autobiográficos homosexuales.

Por tanto, el camino recorrido hasta este libro de Luisgé Martín tiene como mínimo treinta años. Además de las dos autobiografías citadas, cabría añadir, entre otros, los diarios de Gil de Biedma o *El invitado amargo*, de Vicente Molina Foix y Luis Cremades, un libro singular, en forma de intercambio epistolar que aborda de manera minuciosa la relación de una pareja homosexual años después de que la relación sentimental entre ambos hubiese acabado. Es precisamente la existencia de esta tradición la que libera a Martín de recurrir a la épica, al malditismo, al patetismo o al humor para explicar su derrotero afectivo. Además, las circunstancias actuales hacen de la homosexualidad un hecho aceptado socialmente y normalizado por la ley. En pocas palabras, el autobiógrafo no tiene que refugiarse en ninguna excepción que no sea el componente personal, el carácter propio, con que “heteros” y “homos” tenemos que cargar por igual. Martín lo ha entendido perfectamente y no se ha engañado en esta mirada retrospectiva.

A los quince años, justo en los comienzos de la transición, cuando una incipiente libertad y cierta tolerancia permitieron salir de las cuevas de la indignidad a tantos proscritos, el joven Luis se reconoció homosexual, pero, lejos de salir a la calle y de unirse a la fiesta, en una combinación de tozudez y timidez hizo una apuesta por negarse a sí mismo la evidencia y la verdad de su queerencia amorosa. “Soy homosexual”, se dijo a sí mismo en voz alta. Pero juró que nunca hablaría de ello, que nadie podría saberlo, y le pidió a dios que le permitiera enamorarse de una chica. Pero dios no le escuchó y la rogativa resultó completamente inútil. El miedo a la delación y la vergüenza hicieron el resto. Entendió que la homosexualidad era una tentación y una prueba contra la que luchar, y se infligió un castigo masoquista que duraría hasta la primera madurez. Se encerró en su secreto, creó un gueto interior del que este libro cuenta su lenta y a veces tortuosa salida. Fueron años patéticos de fingimiento y enmascaramiento, de vergonzosos ocultamientos y de íntimo sufrimiento, por lo que tuvieron de rechazo de la propia identidad. El joven, que luchaba a ciegas y en solitario para ser como los otros, se disfrazaba, se borraba, iniciaba terapias y se imponía una cruel invisibilidad, sin conseguir erradicar su “pasión dominante”: “No sé bien quién soy realmente”. La conclusión no podía ser más alarmante ni patética.

Cuando Martín finalmente acepta y reconoce su verdadera identidad y nos cuenta con detalle las relaciones homosexuales, con sus lugares de encuentro y sus rituales de seducción específicos, el amor y los problemas afectivos que surgen no se diferencian gran cosa de cualquier relación heterosexual.

Aparecen las mismas dudas e indecisiones, avances y retrocesos, celos y venganzas, tormentos y amarguras, ilusiones y vacíos que en cualquier otra pareja de enamorados, y esta constatación no es sino una prueba más de la normalización anhelada por el autobiógrafo. —

**MANUEL ALBERCA** es catedrático de literatura española en la Universidad de Málaga y autor de *La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán* (Tusquets, 2015).



## PERIODISMO

### Crónica de una infancia robada



**Svetlana Alexiévich**  
**ÚLTIMOS TESTIGOS**  
Traducción de Ioulia Dobrovolskaia y Zahara García González  
Barcelona, Debate, 2016, 336 pp.

## MARTA REBÓN

Uno de los numerosos dilemas que Dostoievski planteó en su última novela, un pasaje de la cual sirve de epígrafe a esta obra de Svetlana Alexiévich, tiene que ver con la justificación de la violencia. Iván Karamázov formula a su hermano, el piadoso Aliosha, la siguiente disyuntiva: ¿sería admisible el sufrimiento de un niño si, con él, se alcanzara la felicidad de la humanidad? Lo mismo podríamos preguntarnos en cuanto al triunfo de una ideología. Iván aderezaba su argumento con ejemplos de maltrato infantil, casos extraídos de los periódicos de la época, pero, pese a la imaginación polifónica del escritor ruso, este personaje ni de lejos perfilaba la barbarie que tendría que soportar la infancia en el siguiente siglo, que el autor ya no conoció.

Esta cuestión está presente en toda la pentalogía sobre el “siglo soviético” de Alexiévich, titulada “Voces de la utopía”, pero en *Últimos testigos* —el segundo título que la autora publicó en ruso y el último aparecido en español (con el que se completa su ciclo para el lector hispanohablante)— es en el que emerge de una manera más directa. La obra ofrece un centenar de monólogos, resultantes de entrevistas, de víctimas que sufrieron, siendo aún niños, la ferocidad que asoló la Unión Soviética tras la invasión alemana, con el fin de plantear una nueva visión (o filosofía) del acontecimiento. Los relatos, cuyo montaje y disposición es más simple y lineal que en sus otros libros, son también más breves: no hay acotaciones, prefacio o epílogo, fragmentos de su diario, ni tampoco una transcripción de las motivaciones que la guiaron en su proyecto. Perteneciente a la primera generación de la posguerra, Alexiévich, aunque no tuvo una experiencia directa de la ocupación nazi, heredó un país —Bielorrusia— transformado en un gran cementerio, con un número de bajas más elevado que el de Francia, Inglaterra y Estados Unidos juntos. Las estancias en el campo ucraniano con la abuela materna le descubrieron un mundo rico en matices, un espacio de resistencia. La abuela compartía sus recuerdos de la guerra con la nieta y el relato de estas experiencias actuaba sobre esta última como una vacuna contra la cultura soviética basada en el sacrificio individual y el heroísmo. Al abrigo de la noche, las mujeres hablaban de una guerra bien distinta de la que aparecía en los libros oficiales y la futura escritora comprendió que, para hacerse una idea de los hechos, aunque aproximada, tenía que reunir una multitud de voces. Y, para adentrarse en las entrañas de la Segunda Guerra Mundial

—el acontecimiento que más ha marcado la identidad de su país de residencia, Bielorrusia, y que, por tanto, más claves aporta sobre su presente y el sesgo nostálgico del gobierno de Lukashenko, que preside esta ex república soviética desde hace más de dos décadas—, en sus textos cedió el protagonismo a los actores invisibles de aquella guerra: las mujeres en el frente y los niños desamparados. El mismo año que se publicó en Minsk *La guerra no tiene rostro de mujer* apareció en Moscú *Últimos testigos*. Si bien el libro de testimonios de las mujeres en el frente mostraba una realidad oculta, así como interpretaciones y detalles nuevos sobre el Frente Oriental, en este título, protagonizado por niños, se desactiva por completo cualquier justificación de la guerra, que se muestra con una desnudez insoportable. La guerra se nos presenta descompuesta en sus elementos primarios: estruendo, fuego, miedo, dolor, sangre, pérdida..., y unas gotas de bondad desinteresada, diluidas en un océano de crueldad. En los relatos emergen aquellos instantes en que las víctimas, que un día fueron criaturas inocentes, percibieron, a menudo de manera aún confusa, que su universo se había trastocado para siempre: unas bombas que caen del cielo, una huida desesperada a los bosques, la última despedida del padre o de la madre, la irrupción violenta de los invasores, las llamas que engullen casas, ametralladoras que abren fuego. Y se constata que aquella semilla envenenada de entonces ha arraigado en la vida adulta y sigue quemando como un isótopo radiactivo, oculto dentro del cuerpo.

Excepto unas pocas historias que tratan de episodios capitales del conflicto bélico en otras zonas, como el sitio de Leningrado, se dibuja sobre todo un retrato retrospectivo

de la fatalidad que ha azotado a Bielorrusia, denominada a veces “la paria de la geopolítica”. Este país, sin una identidad definida hasta el siglo XX, sufrió el paso del grueso de las tropas nazis que, en 1941, se dirigían a Moscú. La Operación Barbarroja se inició en Brest y, al cabo de pocas semanas, el país ya estaba ocupado, sin tiempo de reacción. En un primer momento, las fuerzas de ocupación se ganaron la simpatía de los autóctonos, resentidos por la sumisión al yugo soviético. Pero la faz del enemigo no tardó en quedar al descubierto: en Bielorrusia se instalaron algunos de los campos de exterminio más grandes de Europa, como el de Majdanek, o centros de acogida de menores, como el de Krasny Béreg, organizados por los nazis, en que niños de entre ocho y catorce años se convirtieron en donantes forzosos de sangre para los tratamientos médicos de los soldados alemanes heridos. El movimiento partisano soviético, integrado por tropas irregulares de oposición a las fuerzas nazis, fue especialmente efectivo en el medio rural. En 1943 ya recibían apoyo logístico y financiero de Moscú. Hacían frente a los *Einsatzgruppen*, escuadrillas de la muerte apoyadas por *Polizei*, civiles eslavos que las asistieron en las operaciones de exterminio contra judíos y partisanos. El centenar de testimonios de este libro no hablan específicamente de estos detalles históricos, sino que nos transmiten las percepciones infantiles de sus vivencias directas. El mundo arrebatado a los niños, la desaparición de su entorno familiar y las heridas que les infligieron a una tierna edad fueron hechos irreversibles. —

**MARTA REBÓN** (Barcelona, 1976) es traductora y fotógrafa. Ha traducido al español a autores como Lev Tolstói, Boris Pasternak y Vasili Grossman.

## RELATOS

### Pérdida de la inocencia



**Qué vergüenza**  
**PAULINA FLORES**  
 Barcelona, Seix Barral,  
 2016, 296 pp.

#### ALOMA RODRÍGUEZ

Paulina Flores (Santiago de Chile, 1988) ganó el premio Roberto Bolaño con el relato “Qué vergüenza”, que da título a su primer libro. El volumen está compuesto por nueve cuentos que, aunque comparten contexto, tema y una cierta atmósfera, ponen en juego diferentes estrategias narrativas y todas funcionan. En el relato que abre la colección, un padre en paro acude a un casting acompañado de sus dos hijas. Está contado desde el punto de vista de la mayor, que es la que ha visto el anuncio y ha animado al padre a presentarse a la prueba. Sin embargo, nada sale como esperaban y la culpa y la vergüenza se adueñan de padre e hija, ante la incomprensión de la hermana pequeña. Con la humillación y la conciencia de ella, llegan también la madurez y la responsabilidad: “Observó a su hermana pequeña como nunca antes lo había hecho, y sintió lástima por ella, aún más lástima de la que sentía por sí misma. Porque sabía que su hermana no comprendía lo que pasaba y ella sí. Esa tarde no habría papas fritas. Y eso bastó, eso fue todo. La tomó de la mano, firmemente, y así emprendieron el camino a casa, siguiendo los pasos rápidos de su padre, Bellavista abajo.” El cuento contiene

algunos de los temas que aparecen en el libro de manera recurrente: la relación entre padres e hijos, la distancia entre el mundo de los adultos y el de los niños, el paro y la búsqueda desesperada de empleo, y la vergüenza. En esta primera pieza, como en otras del volumen, también la ciudad, las calles por las que los personajes caminan con decisión pero como si no supieran a dónde ir, tiene entidad propia.

Entre esos relatos de gente de clase media o baja, por lo general maltratada por la crisis chilena de los noventa, sorprende “Teresa”. Una chica fuma un cigarrillo en la puerta de la biblioteca mientras flirtea a distancia con un tipo al que es la tercera vez que ve y que lleva a una niña, presumiblemente su hija, en bici. La joven recuerda un episodio de su infancia: se perdió en el supermercado y cuando le preguntaron su nombre para avisar por megafonía, mintió y dio el nombre de su mejor amiga: Teresa. Vuelve a hacer lo mismo cuando se presenta al atractivo padre sin explicar los motivos de ese engaño gratuito.

En una entrevista con Inés Martín Rodrigo, Flores afirma que escribe de “la vida cotidiana. No sé, me es difícil hablar de ‘temas’, porque en general lo que pasa es que me obsesiono con ciertas historias que se me ocurren y luego los temas van saliendo solos”, y que le interesa mostrar “cómo [los personajes] se enfrentan constantemente a su origen, ya sea para dejarlo atrás o para afirmarse en él”. El protagonista de “Talachuano”, que pasa meses entrenándose con sus amigos para convertirse en ninjas con el objetivo de robar una guitarra, un bajo y una batería, es un ejemplo del primer caso. El protagonista de “Últimas vacaciones”, en cambio, es una muestra de lo segundo.



Los dos, jóvenes de una edad similar, reaccionan de manera diferente al sentimiento de vergüenza: el que tiene aspiraciones ninjas sabe que no quiere ser como su padre, alcohólico, taciturno y sin trabajo; al que deduce que su padre es algo más que un ladronzuelo mientras veranea con su tía y sus primas lo invade la vergüenza cuando se descubre negando a su madre: para perdonárselo elegirá “desaprovecharse”.

En el libro hay relatos sobre rupturas y vueltas al hogar materno y a un estado casi infantil, sobre la relación de complicidad que establecen una niña y la hermana de su abuela (“me mostró el silencio, y lo bello que es”, recuerda la narradora), sobre revelaciones inesperadas y relaciones laborales, sobre la pérdida de la inocencia y sobre bruscas entradas en el mundo adulto. Uno de los temas que vertebran el volumen es la vergüenza y esta suele venir del choque entre dos visiones de la realidad: la de los niños y la de los adultos. Es lo que sucede en el último relato, “Afortunada de mí”, que es casi una *nouvelle* con dos historias paralelas: una sobre la amistad entre dos niñas que se convierte en imposible conforme se tejen de manera paralela las relaciones entre sus padres y otra de una chica que cede su apartamento a una pareja de amantes para que practique sexo mientras ella los escucha desde la habitación de al lado. Es lo que ocurre también en “Laika” cuando el amor platónico que siente la niña se convierte en real y concreto. En otros cuentos, la vergüenza viene de la colisión entre lo que uno creía y lo que de verdad sucede: “Las revelaciones. El desengaño. Me sentí como alguien que recién comienza a entender cómo funciona el mundo, como alguien crédulo y limpio, una víctima. Y supongo que mantuve los mismos ojos inmensos

incrédulos durante varios días. Acongojada frente a la sonrisa burlesca del mundo”, escribe la narradora de “Espíritu americano”.

Cuando le preguntan por sus referentes, Paulina Flores une a Lorrie Moore, Alice Munro o William Faulkner con Nina Simone, Morrissey o la cantante chilena Javiera Mena. Ese eclecticismo se nota en la frescura de sus cuentos, en los que conviven la escritura de diarios con los cromos de Sailor Moon y en los que la máxima felicidad para dos niñas puede consistir en “ver ‘Los Caballeros del Zodiaco’, sentadas en la alfombra, una tarde después del colegio, sin padres y con sándwiches de queso-tomate entre las manos”. El libro consigue un equilibrio complicado: conserva la hermosa inocencia del primer libro pero sin caer en errores o vicios de principiante; tiene el sosiego y la mesura propia de voces ya maduras y el descaro del debutante. El resultado de esa mezcla son estos nueve relatos redondos que componen un libro extraordinario. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** (Zaragoza, 1983) es escritora. Este año ha publicado *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



## ENSAYO

### Hannah Arendt en televisión



**Hannah Arendt**  
**LA ÚLTIMA ENTREVISTA Y OTRAS CONVERSACIONES**  
Traducción de Ana González Castro y Diego Ruiz Oliveira  
Barcelona, Páginas Indómita, 158 pp.

### LARA PASCUAL

“No me dedico a la filosofía, sino a la teoría política”, decía Hannah

Arendt, que el pasado 14 de octubre habría cumplido 110 años. Es la primera respuesta que le da a Günter Gaus, en la conversación que abre *La última entrevista*. En ese diálogo, emitido en el programa *Zur Person* en Alemania en 1964 y disponible en YouTube, Arendt repasa su trayectoria biográfica e intelectual: habla del judaísmo y la asimilación, de su detención en la Alemania nazi por recopilar información sobre textos antisemitas para una organización sionista y de su salida ilegal del país, de su trabajo posterior en Francia ayudando a la evacuación de judíos alemanes y polacos, y de su exilio en Estados Unidos. Dice que el deslumbramiento de algunos intelectuales con el nazismo la distanció de la filosofía, habla de la sensación de deslealtad que le produjeron algunos amigos y explica que fue entonces cuando empezó a pensar que si la atacaban como judía debía defenderse como judía. Casi veinte años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, habla de sus vínculos con Alemania: no siente nostalgia del país, aunque sí de su lengua materna.

La segunda entrevista del libro se la hizo en el mismo año Joachim Fest y gira en torno a uno de sus libros más polémicos: *Eichmann en Jerusalén*. Arendt dice que se gestó una campaña contra el volumen, y rechaza las dos críticas principales: que hubiera reprochado una actitud pasiva a las víctimas y que hubiera acusado a los Judenräte de colaborar con los nazis. Defiende uno de sus conceptos más célebres, y a su juicio más incomprensidos, la banalidad del mal. Es un fallo de la imaginación: “Se trata simplemente de negarse a imaginar lo que otra persona siente.” Dice en otro momento: “Cuando escribí

*Eichmann en Jerusalén*, una de mis principales intenciones era acabar con la leyenda de la grandeza del mal, de la fuerza demoníaca.” Incide en la idea de la culpabilidad —cuando todo el mundo es culpable, nadie lo es: generalizar la culpa es una manera de absolver a los verdaderos culpables—, y también en que el castigo forma parte de la dignidad de las víctimas. Fest le pregunta por el daño que causó su libro: “Me tomo los sentimientos en serio —dice—, pero la verdad de los hechos es una cuestión de principios.”

La tercera entrevista, “Pensamientos sobre política y revolución”, es de 1970 y trata de algunas de las ideas de su ensayo *Sobre la violencia*, donde establecía la diferencia y la relación paradójica entre violencia y poder. Según Arendt, “Si repasamos la historia de las revoluciones, veremos que quienes abrieron el camino no fueron nunca los oprimidos y los humillados, sino aquellos que no sufrían la opresión ni la humillación pero no podían soportar que otros las sufriesen.” Esa preocupación se ha ocultado a menudo por pudor; que las revueltas universitarias de los setenta la reivindicasen tenía algo novedoso. Rechaza una idea entonces en boga: el Tercer Mundo, “una ideología o una ilusión”. Es, sostiene, una categoría ideológica y no algo que ayude a entender la realidad. “Siempre es la misma historia: la absorción de los clichés, la imposibilidad de pensar o la falta de voluntad para ver los fenómenos tal y como son en realidad y sin aplicarles categorías, con el convencimiento de que pueden ser clasificados. En eso consiste precisamente la inutilidad teórica.” Más que de la diferencia entre socialismo y capitalismo (“gemelos con distintos

sombreros”), hablaba de países que respetaban los derechos y no. “En el terreno de la política, a menudo el idealismo no es más que una excusa para no reconocer realidades desagradables”, decía.

Algunos de sus análisis resultan errados y otros ingenuos; muchas de sus preocupaciones parecen extrañamente contemporáneas. Describe la aspiración a la vigilancia —por parte de las empresas hacia sus trabajadores y de los gobiernos hacia sus ciudadanos— como una forma de expropiación. Retomando una idea que estaba en *Los orígenes del totalitarismo*, subraya que, aunque la libertad siempre es la libertad para disentir, el totalitarismo además “negó la libertad de decir sí”: Hitler excluyó a los judíos y Stalin asesinó a sus seguidores más entusiastas. La asociación entre la independencia nacional y la soberanía del Estado imposibilita solucionar el problema de la guerra, aunque en ese momento esta fuera, a su juicio, un lujo que solo los países pequeños se podían permitir.

Habla de la oposición a la guerra de Vietnam y del racismo en Estados Unidos, y al resentimiento que la lucha contra la discriminación generaba en los blancos de clase baja. Esos asuntos aparecen también en la última entrevista, grabada para la televisión francesa en varias sesiones y fechada en 1974, un año antes de su muerte. Arendt, que había comparado las revoluciones en Francia y Estados Unidos en *Sobre la revolución*, apunta como una originalidad estadounidense que fuera un gobierno de leyes y no de hombres. Uno de los objetivos era escapar a la razón de Estado, que había justificado crímenes en Europa: sin embargo, para Arendt la idea de seguridad nacional, que justifica el espionaje, realizaba una

función similar. A lo largo del libro rechaza los modelos deterministas. Quienes los abrazan “tienen miedo a la libertad”. Asegura que “no comulgo con ningún credo”. Con sus contradicciones y sus controversias, la obra de Arendt siempre está de actualidad: para hablar de la culpa, de la tiranía y la acción, o para explicar el estatus del apátrida y el refugiado. *La última entrevista* es una buena puerta de entrada a su mundo, que en muchos sentidos también es el nuestro. “Pensar —dice— significa hacerlo de manera crítica, y pensar de manera crítica siempre significa ser hostil.” —

LARA PASCUAL (Madrid, 1987) es periodista.



## ENSAYO

### La identidad del odio



**Ta-Nehisi Coates**  
**ENTRE EL MUNDO Y YO**  
Traducción de Javier Calvo Perales  
Barcelona, Seix Barral,  
2016, 200 pp.

## RICARDO DUDDA

*Entre el mundo y yo* es el gran fenómeno literario del último año en Estados Unidos. Fue finalista del Pulitzer de 2016, ganó el National Book Award en la categoría de no ficción de 2015, y su autor, Ta-Nehisi Coates (Baltimore, 1975), periodista de la revista *The Atlantic*, recibió una beca Genio de la Fundación MacArthur, dotada con más de medio millón de dólares. El libro está en todas las listas de los mejores libros del año de 2015, y ha sido alabado por autores como la nobel Toni Morrison.

Ahora también puedes escuchar nuestros podcasts en **Stitcher**.

<http://letraslib.re/stitcher2016>



Es una obra literaria tremenda y, en ocasiones, tremendista. Es literaria porque, a pesar de ser una obra de no ficción y tratarse de un ensayo autobiográfico, su lirismo y su tendencia a la abstracción la acercan más a la poesía o el ensayo literario que a lo que uno esperaría de un periodista de investigación. Coates afirma que comenzó escribiendo poesía, y que utiliza su “economía de la verdad” para llegar a las “frías verdades de acero de la vida”. Es tremenda porque trata la cuestión de la raza con crudeza, Coates está cargado de odio y a veces es cínico e incluso nihilista. Y es tremendista porque, al ser casi todo tripas, no deja lugar al matiz.

Coates usa el pretexto de una carta a su hijo para repasar su vida y entrelazarla con la cuestión de la raza en Estados Unidos. Nació en un barrio conflictivo, y aprendió a vivir con miedo. Su padre, un intelectual obsesionado con el legado y la cultura negra en Estados Unidos, le pegaba para que así no le pegara la policía. Coates nació en un entorno más privilegiado que muchos otros negros: aunque no lo tuvo fácil, tampoco lo tuvo totalmente difícil. En casa pudo acceder a lecturas, ir a la universidad y formarse como periodista. Pero no olvidó sus raíces, y a veces se siente atrapado por ellas.

Coates combina una suerte de orgullo por lo negro, una defensa de la identidad negra, de las raíces y de lo “auténtico”, con una interesante reflexión sobre la identidad como algo artificial e inventado: a veces cuestiona la idea de la raza y habla a menudo de los que se “creen” blancos y se creen el “Sueño”. Sus reflexiones son muy parecidas a las de James Baldwin, el gran ensayista negro estadounidense. Coates recoge la ira de Baldwin, que falleció en 1987 y fue popular en los años sesenta y setenta, y la adapta a los Estados Unidos actuales como si nada hubiera cambiado: “La ‘America blanca’ es un sindicato organizado de cara a proteger su poder exclusivo para dominar y controlar nuestros cuerpos”. A veces hace comparaciones desafortunadas. Tras el 11S, comenta: “Mi corazón no se conmovió al contemplar las ruinas de América. Yo tenía mis propios desastres [...] para nosotros el sur de Manhattan siempre había sido la Zona Cero. Allí subastaban nuestros cuerpos [...] Bin Laden no había sido el primer hombre en llevar el terror a aquella parte de la ciudad.”

Coates es un escritor con garra, y su prosa es excitante. Escribe con pasión y sentencia drásticamente, pero se cuestiona a menudo. Aunque es autocrítico, no abandona el radicalismo. A veces recuerda a una frase de Sartre: “He cometido errores, pero cuando he pensado en ellos me he dado cuenta de que siempre era porque no fui lo bastante radical.”

También sabe ser tierno e íntimo: cuando habla de la paternidad, del intento de no transmitir el miedo a su hijo. Ahí se observa ternura y la prosa es más relajada, quizá más libre, sin necesidad de ser un vehículo de ideas. Son los mejores momentos del libro, junto con los años en la universidad y sus inicios como reportero.

“Quería que reclamaras el mundo entero tal como es. Quería que te resultara obvio de inmediato que ‘Tolstói es el Tolstói de los zulús’”, le dice a su hijo. Coates cita la famosa pregunta de Saul Bellow: “¿Quién es el Tolstói de los zulús? ¿El Proust de los papuanos? Me encantaría leerlo”; y una respuesta de Ralph Wiley: “Tolstói es el Tolstói de los zulús. A menos que uno obtenga algún beneficio al vallar el patrimonio universal de la humanidad para otorgarle una propiedad tribal exclusiva.” Coates reflexiona sobre esta frase para llegar a una conclusión universalista, casi liberal, que intenta transmitir a su hijo.

*Entre el mundo y yo* es una obra sobre la América negra, pero se olvida de Obama. Coates siempre ha sido muy duro con él, y es escéptico con su idea de la tolerancia y la empatía. En su libro *La audacia de la esperanza*, Obama escribe que la lógica del odio solo conduce a una “retirada hacia una espiral cada vez más pequeña de ira, hasta que ser

negro signifique solo el conocimiento de tu propia impotencia, de tu propia derrota”. El odio ayuda a Coates a ser un escritor interesante, pero *Entre el mundo y yo* funciona mejor cuando es una autoexploración y una reflexión sobre la identidad, la paternidad, el amor y los valores universales. —

**RICARDO DUDDA** (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

## DIARIOS

### El escritor y la ciudad



**Ricardo Piglia**  
**LOS DIARIOS DE EMILIO RENZI. TOMO II. LOS AÑOS FELICES**  
Barcelona, Anagrama, 2016, 419 pp.

## JORGE CARRIÓN

“El escritor y la ciudad.” Así podría haberse subtítuloado este libro, en lugar de “Los años felices”, que no son realmente, al menos leídos en presente y no a la luz ambarina del recuerdo. Porque la mayor parte de las anotaciones del joven Piglia, en plena formación literaria y sentimental, entre 1968 y 1975, entre su primer libro de cuentos (*La invasión*) y su primera *nouvelle* (*Nombre falso*), tienen que ver con la experiencia urbana. Largos paseos en soledad. Librerías, cines, restaurantes, sedes editoriales y cafés. Reuniones de la histórica revista *Los Libros* con Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Cambios de domicilio con regusto a malditismo. Conversaciones, mientras caminan, mientras beben, con el polemista David Viñas. La Avenida Corrientes al amanecer. Buenos Aires es la gran protagonista de este diario, como contexto afectivo e intelectual de

un Piglia desorientado, con problemas psicológicos, sexualmente promiscuo, por supuesto: lector voraz y brillante.

Las idas y venidas por la topografía metropolitana a menudo guardan relación con el dinero. No es de extrañar, porque toda la obra pigliana es una gran reflexión sobre cómo circula el capital. Se consiguen el precio de los artículos y de las conferencias, el sueldo de la universidad, los honorarios por dirigir colecciones. Cómo ser un escritor profesional, se pregunta el autor, que también trabaja en guiones de cine. El modelo es Manuel Puig, que escribe todos los días y que dedica parte de su jornada laboral a la relación epistolar con sus traductores y editores extranjeros. Tal vez sean Puig, como presencia cercana, y Juan José Saer, como ausencia europea, los dos grandes puntos del radar de Piglia. Los puntos rojos más importantes en la pantalla de su generación, que “es una serie dispersa, no cronológica, de lecturas y de rituales comunes, que envejecerán con nosotros”. Una generación que aparece generosamente representada, porque los desplazamientos por Buenos Aires no cesan de provocar encuentros, pero cuyo lenguaje y cuya actividad política son juzgados severamente, en una atmósfera cada vez más enraizada por la violencia policial y guerrillera.

Para quienes hemos leído sistemáticamente a Piglia y habíamos cartografiado su mapa de referencias (Borges, Arlt, Joyce, Brecht, Chandler...), la gran sorpresa de estas dos entregas de sus diarios ha sido descubrir la importancia medular de Cesare Pavese en su juventud. Leyó todos sus libros y se identificó con él. A menudo, de un modo claramente intencionado,

Pavese es citado en el mismo párrafo o en la misma página que Borges, como si este fuera la historia visible de toda la textualidad de Piglia, y aquel, su historia secreta. Por supuesto, en el centro está *El oficio de vivir*, su obra maestra y el gran modelo de *Los diarios de Emilio Renzi*, otra obra maestra. La lógica es borgeana: el escritor argentino se nutre de toda la tradición occidental, tiene derecho al universo; pero su mundo es pequeño, una ciudad del Cono Sur.

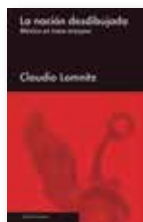
Articulado en series, y desprovisto de la alucinante construcción del primer libro, donde la evocación del abuelo permitía el desarrollo de una estructura novelesca, este segundo volumen de *Los diarios de Emilio Renzi* orbita alrededor de dos ausencias. Sendos viajes, a Cuba y a China, cuyas anotaciones no se reproducen. Esas omisiones, al tiempo que evitan la posibilidad de contrastar la política de izquierda argentina con dos de sus referentes de la época, invocan un concepto clave en la literatura pigliana, el de la literatura futura: ¿cuándo leeremos esos diarios que el escritor nos sustrae? ¿En qué otro proyecto los ve incluidos? No sabemos cuál es el porcentaje de los diarios, de esos 327 cuadernos sobre los que Andrés di Tella filmó un precioso documental, que el autor ha decidido incluir en los tres volúmenes que ha editado (el tercero se publicará el año próximo). No es descabellado presumir que estas mil quinientas páginas revelen algunas historias y oculten otras, cuyo revelado todavía es posible, tal vez probable, puro futuro. —

**JORGE CARRIÓN** (Tarragona, 1976) es escritor. En 2015 publicó *Los turistas* (Galaxia Gutenberg), que cierra la trilogía iniciada con *Los muertos* y *Los huérfanos*, publicadas por la misma editorial.



ENSAYO

## Volver a pensar la nación



**Claudio Lomnitz**  
**LA NACIÓN**  
**DESDIBUJADA. MÉXICO**  
**EN TRECE ENSAYOS**  
Traducción de  
Marianela Santoveña  
y Fernando Escalante  
Gonzalbo  
Barcelona, Malpaso,  
2016, 310 pp.

### FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Todo es lenguaje. Todo dice y todo es susceptible de interpretación. Religiones, ideologías y hasta la ciencia son interpretaciones de la realidad. Hubo un tiempo —cuando México dejaba de ser un país rural y entraba de lleno en el ámbito urbano y de ahí al contacto con el mundo— en que proliferaron las visiones sobre el país y lo mexicano. Era el tiempo del grupo Hiperión y de preguntas del tipo ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Qué nos caracteriza? Al final de *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz dice que ya somos contemporáneos de todos los hombres. ¿No lo éramos ya?

¿Pueden desincronizarse los países? Claro que pueden, hay tiempos oscuros de pausas o retrocesos. Ahora mismo, ¿seguimos siendo contemporáneos de todos los hombres? Hay problemas que nos hermanan con el resto del planeta: el medio ambiente en riesgo, o los efectos del comercio globalizado. Desde hace años que México entró de lleno a la globalización. Los flujos migratorios se volvieron más intensos, se desató la guerra contra el narco con una secuela de cientos de miles de vidas segadas. Como antaño necesitamos volver a pensar la nación y preguntarnos quiénes somos. ¿Es hoy el nacionalismo una respuesta?

Más aún: ¿de qué hablamos cuando nos referimos al nacionalismo si algunos de sus ejes se han transformado ya? En *La nación desdibujada*, Claudio Lomnitz nos adentra en esas preguntas y se propone la tarea de Sísifo de “volver a imaginar otra vez la nación”.

Para el autor México está desarticulado y la nación luce desdibujada. No corresponde la realidad del país a la representación que este tiene de sí mismo. Hay “casi una bancarrota de la representación política e intelectual de la sociedad”. La sociedad cambió, las instituciones se quedaron varadas. Estructuras tradicionales como la familia o los partidos se rezagaron. No es que México haya “avanzado”, solo se transformó. No es que, para poner un ejemplo, haya aumentado la corrupción en la política, sino que ahora la sociedad no la tolera como antes. El mundo nos obliga a modificar la imagen que tenemos de nuestro país. Lo que llamamos mundo es una red de relaciones.

El nacionalismo, que supuestamente se nutre de las raíces más locales, está inscrito también en esa red. Las ideas y los actos nacionalistas se contagian y se interpretan de país a país. Desde su origen, durante el periodo de las formaciones nacionales en el siglo XIX, se dio esta conjunción de ideas desde fuera y dentro para conformar una visión propia de lo nacional. Una vez consolidada, esta imagen fue sufriendo cambios de acuerdo a las transformaciones históricas.

Lomnitz pretende, en los trece ensayos que conforman este volumen, descifrar cuál es el desfase entre las visiones de nuestros resabios nacionales y una realidad cambiante y compleja. Organiza su revisión en cinco apartados y un *bonus*. En el primero, “Presente”,

revisa el desajuste de nuestra representación a través de los casos de la Gran Familia de Rosa Verduzco y de la desaparición de los jóvenes de Ayotzinapa. En el segundo analiza la evolución del nacionalismo en América y en México, mientras que en el tercer conjunto revisa las trayectorias de Carlos Chávez, Octavio Paz y, con más detenimiento, la obra mexicana de Oscar Lewis y la forma en que sus libros clásicos sobre la pobreza hicieron trizas la imagen que tenían los mexicanos de sí mismos. En el cuarto apartado, “El giro neoliberal” —quizás el más flojo del libro—, pasa revista a las crisis de la Ciudad de México debido a su crecimiento y corrupción, así como a la manera en que se han ido modificando algunas claves de nuestro periodismo de opinión. En la última sección ofrece visiones de nuestro nacionalismo en relación con Estados Unidos. El *bonus* apela a un reconocimiento de la etnografía en México.

*La nación desdibujada* es un libro variopinto. Crónica, ensayo, artículo y tesis académica. El conjunto, por las necesidades editoriales de cada texto, no forma una unidad, ni brinda una visión homogénea del México actual, tal vez porque no la hay. Ofrece atisbos, miradas, interpretaciones. El antropólogo abandona, en sus mejores momentos, su gabinete y se pone a interpretar la realidad inmediata, el presente. Lo hace para examinar la repercusión social de la desaparición de los 43 normalistas, y de forma más acabada en su ensayo “Michoacán: fantasía de la familia, fantasía del Estado”. Concluye: existe en el estado de Michoacán (quizás en todo el país pero ahí de modo más evidente) una crisis de representación.

La sociedad tiene la fantasía de que las estructuras tradicionales

siguen operando y que salen a la luz cada que ocurre una emergencia. A la aparición de los Zetas correspondió el nacimiento de una organización cuasi religiosa: la Familia Michoacana. Ante la realidad de los huérfanos que dejó la guerra contra el narco y los niños cuyos padres se fueron a trabajar a Estados Unidos, cobró relevancia la Gran Familia –el albergue dirigido por Rosa Verduzco–. Como respuesta a problemas específicos, se pusieron en práctica soluciones “comunitarias” y “familiares”.

No se trataba más que de espejismos. Una vez que venció a los Zetas y obtuvo el control de la región, la Familia Michoacana derivó en un grupo criminal que añadió a sus actividades en el narcotráfico, el secuestro, el robo y la extorsión. Para contener a esta organización aparecieron los Caballeros Templarios, también inspirados en soluciones tradicionales, en este caso religiosas. Cuando los Caballeros derivaron hacia el crimen y la extorsión, surgió una nueva estructura comunitaria: los grupos de autodefensa, cuyos líderes más visibles terminaban en la cárcel.

Lomnitz detecta en todos estos casos una crisis de representación. La sociedad busca formas de responder a las difíciles coyunturas con soluciones tradicionales –la familia, la religión–, pero estas ya no corresponden al papel que por lo común se les ha asignado. Algo semejante ocurrió con la Gran Familia de Rosa Verduzco. Hace un par de años, el Estado instrumentó una aparatosa operación político-mediática en torno al rescate de los niños que habitaban dicho albergue. Lo hizo con lujo de violencia: helicópteros, tanquetas, patrullas. Totalmente innecesario, pudieron tocar la puerta y ya.

Se trataba de una maniobra en varios niveles: mandaba un mensaje a Estados Unidos (que en ese momento discutía sobre qué hacer con los niños migrantes en sus cárceles) y se fingía la correcta aplicación del Estado de derecho al sacar a los menores de ese lugar. Pero había un problema: en el albergue había presencia cotidiana del Estado, maestros de primaria de la Secretaría de Educación Pública daban clase y había médicos asignados para atender a los muchachos.

El lugar se sostenía en gran parte gracias a las donaciones del gobierno. ¿Por qué el Estado terminó exhibiendo de ese modo un lugar tolerado, conocido y sostenido por el mismo Estado? Para crear la fantasía del Estado de derecho, propone Lomnitz.

Por querer seguir sosteniendo la creencia de la fantasía familiar, la sociedad toleró a organizaciones criminales “familiares”; para paliar sus deficiencias en el cuidado de los infantes, toleró la existencia y el funcionamiento anómalo de la Gran Familia, hasta que se decidió cerrar ese centro por cuestiones políticas. Esa crisis de representación, sostiene el autor, “se debe a la falta de prerrogativas sociales y políticas de los mexicanos en Estados Unidos”, aunque esto apenas lo menciona como hipótesis al paso y no lo examina a detalle.

*La nación desdibujada* de Lomnitz es también, como reflejo de su objeto, un libro desdibujado, amorfo, desestructurado. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**

(Durango, 1963) es crítico literario. Escribe una columna en el diario mexicano *El Financiero*.



Sigue la columna semanal de  
**Aurora Nacarino-Brabo**  
en [letraslibres.com](http://letraslibres.com)